



INSTITUTO DE LA CULTURA TRADICIONAL SEGOVIANA

MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

TRIBUNA | MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

Un santo para un pueblo



Un grupo de peregrinos, en la explanada cercana a la ermita donde la tradición dice que el patrón de Segovia se retiró a llevar vida de oración. / ICAL

ES EL 25 DE OCTUBRE DEL AÑO 715. Una soleada mañana de otoño. El aire tiene una transparencia singular que deja ver nítidamente los contornos y casi el alma de las cosas. La luz del cielo, de un purísimo azul, sin el más leve celaje, no es como la de todos los días.

Ha muerto Frutos, el santo eremita del Duratón, y va a ser sepultado aquí mismo, en este lugar sagrado, junto al altar en el que todos los días, desde hace tantos años, venía ofreciendo su oración y su vida por el bien de este pueblo, lacerado de muchos infortunios.

Su cuerpo santo está depositado y descansa ya en una vieja tumba celtibérica excavada en la roca. Lloran su muerte, sostenidos solo por el consuelo de la fe, sus hermanos Valentín y Engracia.

Cesa el vuelo de las alondras; callan los ruiseñores que anidan en las pobedas del valle; caen al suelo, como lágrimas transidas, las hojas doradas de los álamos; los graves enebros de la lastra se tornan aún más profundos; el río, que abraza el alto promontorio, discurre silencioso, deja susurrar el alegre murmullo de todos los días; y sólo se oye el tañido de las campanas, el toque de difuntos sobre el silencio dolorido del pueblo y de los campos, y la salmodia funeral de los anacoretas del valle, que han acudido todos a la ermita de Frutos, desde sus grutas y capillas. San Julián, Siete Altares, Santa María de Molinilla, la Virgen de la Calleja, San Vicente, San Pantaleón... han enviado sus monjes y ermitaños a la casa de Frutos, y antes de partir, en todos los altares han dejado encendidas luminarias por su alma.

A lo largo de los caminos, desde Sepúlveda, Villaseca, Castrillo, Hinojosa, Aldehuelas, El Burgo, Carrascal, Navalilla, los campesinos

de la comarca se dirigen al lugar que ya vienen llamando San Frutos. Van al entierro de Santo; van en silencio, con la carga de su pesadumbre.

Al llegar a la cuchillada, uno de los caminantes detiene su paso unos momentos y habla a sus compañeros:

- Parece mentira que se nos haya marchado, pero valía tanto que ha sido la voluntad de Dios tenerle con Él. Recordad cuánto le debemos. Cuando los moros vinieron por nosotros, arrasaron nuestras casas y quemaron nuestras cosechas. Aquí vinimos huyendo, en busca de amparo, perseguidos por los infieles. Frutos trazó con su báculo una raya en la peña en este mismo sitio y se abrió la roca con horrisono estruendo, cortándonos el paso. Asustados, se volvieron y así quedamos libres y salvos.

Por encima de la hoz del Duratón centenares de buitres leonados, todos los habitantes de este valle y los que además han concurrido desde Casuar, en el Riaza, sobrevuelan reverentes en círculos concéntricos, lenta, majestuosamente, una y otra vez, ofreciendo su homenaje a aquel santo cuerpo muerto, que saben es sólo comida del Altísimo.

Los anacoretas y el pueblo, Valentín y Engracia, cantan la oración que andando el tiempo, se aprobaría por el Papa como Oficio segoviano: *"Oh bienaventurado San Frutos, dulce patrón, abogado fiel; tú, gloria de la Iglesia, alegría de la ciudad, honorificencia de nuestro pueblo, verdaderamente fruto de la tierra que visitó el que amaneció desde lo alto: intercede por nosotros para que merezcamos gozarnos contigo y en tu compañía con el generoso fruto del vientre de María Santísima, Jesús, que con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén."*

Frutos había nacido en Segovia hacia el año 652. A la muerte de sus padres repartió sus bienes entre los pobres y con sus hermanos Valentín y Engracia se retiró a las soledades del Duratón para hacer vida de oración y penitencia. Frutos levantó su ermita en la cumbre del peñasco rodeado por la hoz del río; cima "tan alta que -como escribió el P. Nebreda, abad de Silos- por maravilla andan aves por encima de ella sino todas por lo bajo". Valentín, en una cueva situada muy cerca, en la media ladera de la roca, al norte. Engracia, algo más retirada, al mediodía, junto a una fuente cuyas aguas, tiempos pasados, moverían una batán.

El Duratón y sus hoces son uno de esos lugares mágicos y sagrados en que confluyen energías telúricas misteriosas que se expresan en vibraciones específicas. La más formidable y activa de las energías es la vibración de amor, que es precisamente la que se manifiesta en San Frutos. Como cantó el poeta:

*Yo soy el cielo,
tú eres la tierra,
juntos formamos el Universo...*

Aquí el río abraza, estrecha, penetra y fecunda la roca. La vibración de amor hace más fácil la comunión mística con la presencia suprema...

El 17 de agosto de 1076, en Navares, el rey Alfonso VI otorgaba al abad Fortunio, del Monasterio de Silos, "el lugar que desde la antigüedad se llama San Frutos, en el que descansa su santísimo cuerpo"...

Enseguida, en el lugar en que se alzaba la viejísima ermita del Santo, en lo más alto del promontorio, al filo de la tajante cortada del Duratón, con sillares y mampuestos antiguos, algunos romanos, otros visigóti-

cos, en los que se había posado la mirada de Frutos, se construye, románica y conmovedora la nueva iglesia del Santo.

Todas las aves del valle, los buitres leonados, aquel buitre negro que anida en el Castillejo, los alimoche, el milano real, las águilas caudales, las alondras, tordos y mirlos, ruiseñores, vencejos, pinzones, jilgueros y zorzales, los gorriones, verderones y estorninos, las chovas aclaraban que han subido del río; a una voz misteriosa se congregan y acompañan con sus cantos y el batir de sus alas, las liturgias de la consagración.

Un Santo para un pueblo. Todos los años, el 25 de octubre, los segovianos, generación tras generación acuden a San Frutos.

Al Santuario del Duratón o a la Catedral de Segovia; a escuchar y vivir el entrañable villancico:

*Al siervo bueno y fiel;
Patrono de esta Ciudad,
común padre de la Patria
y socorro universal.*

A San Frutos se debe ir en espíritu y en verdad. Ir a San Frutos es ir a nuestra tierra, a nuestro pueblo, a nuestras tradiciones espirituales, culturales y populares; en una palabra, reincorporarnos a nuestras raíces, a la memoria de los difuntos, a la fuente de nuestra libertad.

Y pedir que esas raíces que nos sustentan, desde las que se alza el árbol de nuestro existir personal y colectivo, se mantengan vivas, auténticas y recias por los siglos de los siglos. Amén.

(Extraído del libro "Crónica Imperfecta de la Vida, Muerte y Devoción del Bienaventurado Señor San Frutos Bendito, Patrón de Segovia. Un santo para un pueblo" MANUEL GONZÁLEZ HERRERO. Segovia 1999).

El rincón del poeta

Vida de San Frutos (1623)

Frutos de León Tapia (Segovia 1.588 - 1.626)

*Canto la ardiente porfía,
que dio a la fe perfección
del santísimo varón,
gloria de su patria y mía,
Amparo, Padre y Patrón.
Indigna de la promesa,
mi ronca voz se confiesa,
que hice al Santo de Dios,
Virgen hermosa, si vos
no favoreces la empresa...*

*... Al aurora esta mañana
llegue a esta verde ribera,
sin haber quien me dijera,
donde hallar la soberana
de tus virtudes espera.
Hasta que vi el venturoso
Valentín, que presuroso
con Engracia va a Segovia,
ella a ser hermosa novia,
y él ser gallardo esposo.*

(Extraído del Diccionario Lírico de Segovia, de Luis Minguéz "Orejaniella". Segovia 1991)

----- (o) -----

Villancico de San Frutos

*Al siervo bueno y fiel
que, rogando sin cesar,
consigue bienes eternos
de la infinita Bondad;
al que es Padre de esta Iglesia,
Patrono de esta ciudad,
común Padre de la Patria
y socorro universal,
bendigan todos, y alaben
su virtud angelical.*

*El más alto Sacramento
le presenta a un animal
que, postrado, reconoce
ser bocado celestial.*

*Los prodigios y milagros
que ejecutó liberal
a favor de sus devotos,
¿Quién les podrá numerar?*



Diputación de Segovia